

David Masobro

La casa de las pequeñas alegrías

Entra

[David MASOBRO, *La casa de las pequeñas alegrías* \(Emaús 138\), Barcelona CPL 2017](#)

Colección Emaús 138
Centre de Pastoral Litúrgica

Director de la colección Emaús: Josep Lligadas

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Dibujo de la cubierta: realizado por un interno del Hospital Psiquiátrico de Santa Coloma de Gramenet.

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona
Tel. (+34) 933 022 235 – Fax (+34) 933 184 218
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-9805-977-9
Depósito legal: B 3400-2017

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

4. ME CONFUNDÍ (CARTA)

Mientras conversaban y discutían, Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar a su lado. Pero, aunque le veían, algo les impedía reconocerle (Lucas 24,15-16)

Querido Antonio, me llamo David. Quizá ya no te acuerdas de mí. Es normal. ¡Supongo que conoces a tanta gente! Recuerdo un día que yo iba paseando con aquel compañero tuyo, aquel chico joven que tenía el cerebro destrozado por las drogas. Sí, aquel chico alto y delgado que tenía barba y se sentía triste por todo lo que había hecho sufrir a su madre cuando él consumía... Pese a todo, decía, mi madre continúa viniéndome a ver... no hay amor más grande... Te recuerdo bien. Ibas vestido con un pijama azul, sucio, lleno de manchas de café y agujereado por quemaduras de cigarrillo. Tu cabello era largo, negro, limpio y desordenado y tus ojos eran tan oscuros y abiertos como la inmensidad de un lago. Recuerdo que te acercaste a nosotros y con los ojos llenos de lágrimas nos pediste un cigarrillo. Yo te dije: “No llores”, y mi compañero te dio un cigarrillo rubio. Dejaste de llorar inmediatamente. Recuerdo tus dedos quemados por las veces que te dormías con el cigarrillo encendido en los largos ratos de soledad en los jardines del Hospital. Estuviste caminando y fumando a nuestro lado y, de repente, hablaste. Nos dijiste: “Una pregunta: Yo...

debo de ser Dios, ¿verdad?”. Y yo te miré y te dije: “No, tú eres Antonio”. Y es en este momento cuando me confundí. Realmente tú eras Dios. Eras el mismo Dios que, pequeño y pobre, habías venido a visitarnos y caminabas a nuestro lado, como aquella vez con los discípulos de Emaús. Eras Dios llagado y suplicante que llamaba a la puerta de nuestro corazón... No sé si te sentiste querido y acogido. Perdóname Antonio. Perdóname Dios.

11. ROMPER LA CADENA

DEL ODIO

Entonces Pedro fue y preguntó a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, si me ofende? ¿Hasta siete?”. Jesús le contestó: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mateo 18,21-22)

Es Navidad. Un padre de familia, después de su jornada laboral, regresa a su casa. Su semblante es de preocupación. Hace días que su mujer no se encuentra bien. Casi ni habla. Cuida a sus hijos de una manera maquinal y extraña. El padre se encuentra ya ante su casa. Abre la puerta. Nadie lo recibe. No oye ningún ruido ni la voz de los niños. Se dirige al comedor y la escena no puede ser más terrible. Sus hijos están echados en el suelo, muertos, y su mujer tiene en sus manos un hacha manchada de sangre. El hombre cae inmediatamente desmayado. Afuera se oyen gritos y el sonido de una sirena... Algún vecino asustado ha llamado a la policía...

Han pasado treinta años de aquel terrible hecho. La mujer fue encerrada para toda la vida en una institución psiquiátrica. En estos treinta años nadie ha venido nunca a visitarla. Sin embargo, un día, recibe una visita inesperada. Se trata de su cuñado, el hermano de su marido. No sabemos de qué hablan. No sabemos qué se dicen, pero, poco a poco, las visitas son más frecuentes hasta hacerse semanales. Una enfermera nos

dice: este señor, cuando muera, tendrá una mansión en el Cielo... Y, es cierto, este hombre ha roto la cadena del odio y ha abierto la puerta al perdón.

17. PADRE NUESTRO

Vosotros debéis orar así: “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra así como se hace en el cielo. Danos hoy el pan que necesitamos. Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido. Y no nos expongas a la tentación, sino líbranos del maligno” (Mateo 6,9-13)

Encontré a Mar desconsolada. Tenía la cara llena de lágrimas y caminaba arriba y abajo desesperada. Me acerqué y le pregunté cómo se encontraba. Me miró y me dijo que en su interior no paraba de oír voces. A veces, eran dos voces distintas que hablaban entre ellas. A menudo, incluso discutían. Otras veces, oía una sola voz que le decía de una manera muy exigente y dura: “¡Mata, mata!”. Y la pobre mujer se ponía las manos en los oídos como si de esta manera pudiera conseguir que las voces cesaran. Me dijo que pese a que tomaba medicación las voces no cesaban. Yo no sabía qué hacer en aquel momento. Le pregunté si creía en Dios y me dijo que sí. Entonces tomé su mano y le pregunté si quería que rezásemos juntos el Padrenuestro. Y rezamos juntos. Yo recé de todo corazón así: Padre nuestro que estás en el cielo (Padre mío sácala del infierno de la enfermedad); santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu Reino (acoge a Mar en tu Reino de paz);

hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo (que con tu voluntad ayudes a sobrellevar la enfermedad a Mar y a sus compañeros); danos hoy nuestro pan de cada día (que no les falte nunca el pan del cuerpo y el pan del alma); perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden (que encuentren en ti el amor que todo lo perdona); no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal (libéralos de cualquier sufrimiento y que nunca se sientan solos). Y Mar se quedó quieta y callada respirando con los ojos entreabiertos. Y así permanecimos mucho rato, juntos, sentados en un banco, callados y cogidos de la mano...

26. ÉL ES NUESTRA PAZ

No paguéis a nadie mal por mal. Procurad hacer lo bueno delante de todos. Hasta donde dependa de vosotros, haced lo posible por vivir en paz con todos (Romanos 12,17)

Hace más de treinta años una chica estaba tomando un baño, tranquila y relajada, en la bañera de su casa. Llevaba ya un buen rato y el ambiente se llenaba de un vapor agradable y cálido. Sin embargo, no se había dado cuenta de que no había cerrado bien la puerta del cuarto de baño. De repente, entre el vapor, un hombre se acercó por detrás y, violentamente, empezó a estrangularla. Por mucho que lo intentaba, la chica no podía deshacerse de aquellas terribles manos. Se ahogaba. Le faltaba el aire, pensaba que no conseguiría escapar. De repente, pudo girar su cuerpo y, en un momento de suerte, empujar con todas sus fuerzas a aquel hombre, que no era otro que su padre... A partir de aquí solo os puedo hablar de enfermedad, de frecuentes ingresos en la planta de psiquiatría de diferentes hospitales y, finalmente, de internamiento...

Tuve la suerte de poderla tratar muchos años, y puedo decir que nunca he visto una persona más afectuosa y pacífica. La recuerdo con su pequeño cigarro en la mano, sonriendo, mirando con dulzura, preguntándose siempre por mi familia. No tuvo suerte en la vida, se casó, pero su marido la dejó por otra cuando

cayó enferma y sus hijos vivían lejos... Recuerdo también que siempre comentaba que dormía con la ventana abierta ya fuera verano o invierno, porque, como decía ella, “me falta siempre el aire”. Ahora, su marido se había arrepentido y ella lo había perdonado. Misteriosamente, aquella señora ¡era feliz! Yo no puedo explicarme esto sin pensar que Tú, Señor, secretamente, estabas a su lado regalándole hasta derramarse la paz que das a tus elegidos.